

SUSCRIPCIONES

	Ptas.
Valdepeñas, trimestre.	1,00
Provincias, semestre	2,50

ANUNCIOS: precios convencionales.

20 ejemplares 75 cént.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.



JUVENTUD

Periódico Literario y de intereses generales Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

CRONICA

El Cónclave fusionista

Nunca deseamos tanto la vida como cuando nos aproximamos a la muerte. Nunca la luz nos parece más hermosa, ni el aire más oxigenado y puro, ni el sol más refulgente, ni la naturaleza más bella que cuando, encorvados por los años, miramos a la tierra, madre cariñosa que nos ha de recoger en su seno blando y amoroso.

Como el físico en su agonía pide aire, mucho aire, de igual modo nosotros, al envolvernos una ráfaga de muerte, pedimos luz, mucha luz, porque la luz es vida, consuelo y alegría, porvenir y esperanza.

* *

Cuando la hoja del árbol, tostada por el sol estival y seca por el invierno, es derribada por el cierzo, pensamos en el sol fecundante y amoroso de la primavera que, esparciendo como la sangre por el cuerpo humano, su calor por la naturaleza, hinche con su sabia las yemas de las plantas y los árboles, para luego cubrirlos de flores y de frutos.

Y cuando fría y yerta la tierra, simbolizando la muerte, se encierra en sí misma, como el huevo mitológico, pensamos en que esa misma tierra, al despertar el sol, se ha de cubrir de rojas amapolas y de doradas espigas que, mecidas por la brisa, formen suaves ondulaciones, de igual manera el hombre, eterno niño, dudando siempre, pero siempre creyendo, cuando en su cabeza empiezan a blanquear las canas, cual la nieve en los altos picachos de las montañas, y en su corazón los desengaños, y en sus huesos la parálisis, y en sus músculos la falta de vigor y de energía, piensa entonces en su juventud, primavera de nuestra vida, con la misma inefable alegría que pensamos en una alborada del mes de Abril, saludada por el canto de la alondra y cubriendo el cielo de dulces esperanzas, de celestes y suaves armonías, de castos y purísimos amores, de dichas infinitas, eternas, perdidas ¡ay! en el inmenso y turbulento mar del vivir.

* *

Pero ¡oh, ceguedad humana! En todos nuestros deseos, en todas nuestras ansias de ser y de vivir, nos olvidamos que la muerte nos espera, que tenemos que morir; nos olvidamos de que nuestra condición es triste y miserable, de que nuestra vida es una aspiración nunca satisfecha, de que nuestro camino es un

calvario, de que el vivir es una perpetua lucha, á veces impía y brutal, cuando no una continuada y tremenda caída, reveladora de nuestra flaqueza, de nuestra pequeñez. Y es que ¡soberbios! nos olvidamos de que somos pasajeros de este buque destartado y podrido que se llama tierra. Y sino mirad. Todo es belleza, orden, armonía, en el mundo físico; todo es desorden y desequilibrio en el orden moral; cúmplense las leyes en aquél con precisión admirable; realízase la vida con maravillosa regularidad, y los mundos marchan en perfectos rítmicos conciertos, porque es ley de todos ellos, de su vida, la armonía. Al contrario en el mundo moral, donde todo es fealdad, confusión, anarquía, caos.

Abajo, en las últimas capas sociales, falta de criterio, por su falta de educación para distinguir el bien del mal; incompetencia, pues, absoluta para discernir y juzgar; en medio, egoismos y concupiscencias, indiferentismo y corrupción; y arriba, si sobra la cultura, hay falta de ideas en el cerebro, de fé en el corazón, y un pesimismo desconsolador y disolvente, parecido al aire envenenado que, en sus ondas, lleva y esparce por todas partes gérmenes de destrucción y muerte.

* *

Como viejos muros del castillo feudal, derruidos por la implacable labor del tiempo y azotados por el vendabal, nos resistimos á caer, á morir; pero ¡ay! aquel no tiene ya ni almenas ni torreones, ni fosos ni puentes, ni guerreros que lo defiendan, ni castellana que lo habite, ni siquiera trovador que, en la callada noche y á la luz de la luna, cante sus estrofas amorosas, melancólicas, parecidas á una plegaria, á la dueña de sus pensamientos, á la antes altiva y hermosa castellana.

Y esta es la imagen de España; y esto son sus partidos; y esto son sus hombres públicos: un castillo dismantelado que el tiempo, en su acción destructora, convertirá en polvo y en ceniza.

* *

Muerto Sagasta, la obra política que realizó, como personalmente suya, murió con él; y como no tiene sustituto, su partido desaparecerá, como desapareció el radical á la muerte de Prín, y como desapareció el republicano progresista á la muerte de Ruiz Zorrilla.

Juntráanse, sí, los cardenales fusionistas en cónclave; pero al poner sus impuras y pecadoras manos sobre el ara santa, ésta saltará en pedazos, se apagará la lámpara que

ilumina el tabernáculo, se derrumbará el templo, y más que el *Te-Deum*, himno de regocijo y de triunfo, se cantará el *Miserere*, que es un salmo funerario. ¡Que en España ya no hay hombres con virtudes cívicas que sacrifiquen su vida en holocausto suyo, ni mucho menos ningún Catón que se atravesase las entrañas por no sobrevivir á la caída de la República. A lo sumo habrá algún Boabdil que, como el de la oriental Granada, «lllore como una débil mujer lo que no supo defender como hombre.»

Se juntará y volverá á juntarse el Cónclave de primates; y más que elegir Papa, como en su cerebro no hay ideas, ni fé en su corazón, ni acatamiento al dogma, sino que todos ellos rebosan malas pasiones, impuros egoismos, codicias desenfrenadas y locas, ruines, bastardos apetitos, rota la disciplina, echando suertes como mercenarios cartagineses sobre el manto de púrpura que un día cobijó á dos mundos, harán que los romanos, desde lo alto de la Tribuna del Senado, pronuncien la impía y brutal sentencia de *«Delenda est Carthago!»*

Y de ese Cónclave, venerable asamblea de escépticos y de viejos, más que un «hombre,» un varón fuerte, justo y prudente que tremole vigorosamente en sus manos la bandera que sirva de lábaro de redención al pueblo español, más que un papa, que defienda la fé y el dogma jurados, saldrá una *papisa* que precipite y acelere la ruina de esta matrona dolorida, nuestra madre augusta, la infeliz España.

S. CARRASCO

Dos violetas

BALADA PRIMAVERAL

En el ribazo de un arroyo brotó aquella humilde violeta, y en medio de la calle había nacido aquella enteca criatura.

Ambas eran las primicias de unos amores. Ambas la florecencia de un beso.

Besó la tibia primavera el aterido campo y surgió la violeta. Besó un corazón ardiente á un corazón apasionado y nació María.

La violeta exhala el perfume de su esencia entre las hojas de su tallo, y María el aroma de su alma entre los harapos de su miseria.

La flor estaba sola entre las hierbas del ribazo; María estaba también sola entre la muchedumbre social.

Los destinos de la niña y la flor nacieron enlazados. María bajó su mano para cojer la violeta y la flor dobló su tallo como anunciando ser cogida.

Morado por el frío de las últimas rachas invernales estaban el cuello y el arranque del seno de María; y morado, asimismo, era el color de la florecilla. Por eso no destacaba la una sobre la carne de la otra.

Bien pronto, las hojas de la flor comenzaron á decolorirse, y las mejillas de la muchacha comenzaron á marchitarse. Porque á la violeta faltaron los jugos del ribazo y á María faltaron las caricias de su madre.

Y la flor se marchitó por completo y la niña también se marchitó.

Y la violeta doblóse, al fin, sobre el seno de María y ésta dobló su cabeza sobre la muriente flor.

Y así, abrazadas, murieron la flor y la niña. Sus cuerpos un solo cuerpo; sus perfumes un solo perfume.

AURELIANO DEL CASTILLO.

Cuentos del jueves

FRENTE AL HORIZONTE

La muerte del padre motivaba el viaje.

Sobre la mesa del comedor había un papel azul, arrugado; el telegrama, de laconismo terrible, que interrumpiera bruscamente la apacibilidad de la familia, reunida en torno de la mesa, cuando apenas había empezado la velada. Estaban en desorden algunas sillas; sobre la alfombra había una toquilla blanca—con la que Matilde se abrigaba por las noches—caída al suelo en los momentos de confusión producidos por la noticia y que ninguna mano, en tales momentos, se había cuidado de recoger.

Era un amanecer pálido de invierno. El ambiente de la estancia se hacía blanquecino, lloroso; ambiente otoñal de niebla y de lluvia. El silencio frío y triste de las auroras invernales.

Matilde salió de su alcoba, contigua al comedor; cruzó el pasillo y llamó quedamente en la vidriera de la alcoba de su madre, donde dormían los niños.

Vamos, mamá...

Voy hija... Yo ya estoy vestida. Matilde volvió al comedor, se acercó al balcón, y un momento, contempló la calle y miró al espacio: después, fija la mirada en un punto, quedó abstraída. Era delgada con la delgadez doliente de una enferma. Era alta, rubia y muy blanca. Su rostro expresaba bondad y sus modales, dulces, denotaban humildad y sencillez: la mirada serena, franca, expresaba inteligencia clara. Vestida de negro, sin adornos, prendido al desaliño un velo de cres-